

Un Año de Transición

Hace diecisiete meses, estábamos en un cruce de caminos en nuestra vida y nuestro ministerio. Habíamos pasado nueve años en Quebec, y, por ninguna elección de nuestra parte, esta etapa había terminado. Debido a nuevas leyes de inmigración, era imposible continuar ministrando en Quebec.

No teníamos idea alguna sobre lo que íbamos a hacer después. En un millón de años no habiéramos podido imaginar lo que vendría. Después de una montaña rusa de eventos y emociones, nos dirigimos a Buffalo, Nueva York, para unirnos al equipo ministerial de plantadores de iglesias allí. Era un tiempo de despedidas tristes y saludos entusiastas para nuestra familia.

Pero yo no había contado con lo difícil de la transición. Íbamos a estar ministrando con amigos. Muy fácil, ¿no? Pero durante los nueve años ministrando en Quebec y los dos años previos viajando y recaudando fondos, sólo éramos una familia - Danny, los hijos y yo. Éramos un equipo de cinco, luego seis, después siete, y finalmente ocho. ¡Somos una familia grande! Ahora, con el cambio, éramos parte de un equipo con nuevas dinámicas, y nuevo liderazgo, y un poco de choque cultural en reversa. Espero que me entiendan; amo a nuestro equipo. Sólo era que de repente todo en mi vida era diferente.

Nuestra segunda hija se casó y se trasladó al otro lado del país; nosotros nos trasladamos de un país a otro; y literalmente todo en mi vida estaba cambiando rápidamente. Yo tenía que aprender una nueva dinámica de liderazgo. No estaba segura de mi lugar en el nuevo ministerio.

Mi esposo ya iba a la oficina todas las mañanas en vez de trabajar desde la casa, y ya no era mi "jefe." Yo ya no sabía que se esperaba de mí, porque mi situación era nueva y diferente. Además, había el hecho de que la situación era temporal porque el plan era de eventualmente salir de ese equipo y empezar

un segundo campus de la iglesia. Me sentía como si me estuviera tambaleando.

Sin embargo, Dios, en su fidelidad, me guió por un año de aprendizaje, de crecimiento y de cambio. Aprendí que las promesas de Dios no dependen de dónde yo esté, y que mi fidelidad a Él tampoco.



He aquí, algunas cosas que aprendí:



No Había Cambiado.

La Escritura nos dice en Hebreos 13:8 “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” Aunque las personas y las circunstancias cambian, podemos estar seguros que Jesús nunca cambia. El mismo Dios que proveyó por nosotros en Quebec de maneras insondables, iba delante de nosotros en todos los detalles de nuestra mudanza a Buffalo.

Sólo teníamos pocos días para conseguir una casa, con pocas posibilidades. Una de las casas tenía un patio interior muy bonito, pero no había ninguna foto del interior de la casa. No había mucha esperanza cuando llegamos para ver esa casa. La casa previa que habíamos visitado era un DESASTRE. No te puedo describir lo decepcionados que nos sentíamos. Pero el momento en que entramos a la otra casa con el hermoso patio interior, nos enamoramos de ella. Era perfecta para nuestras necesidades, y ¡estaba descontada el precio! Hicimos una oferta y descubrimos que había otra oferta, ya aceptada. Nos sentíamos tristes, pero aún teníamos esperanza. Después de unas subidas y bajadas, y esperando una contingencia, nuestro corredor de bienes raíces, que es cristiano, nos llamó, gritando que íbamos a poder comprar la casa. Él había orado con nosotros y por nosotros, y estaba tan animado como nosotros. Dios proveyó una vez más. No nos amaba más cuando vivíamos en un país extranjero que ahora que hacíamos la mudanza a Los Estados Unidos. Su cuidado y provisión para nosotros nunca cambió.

Describe un tiempo cuando tu vida se giró de una manera no esperada y Dios se mostró fiel.



Dios Nunca Me Deja Solo

Dios iba a estar conmigo dondequiera que estuviera, porque nunca me deja solo. Veamos unos ejemplos de su fidelidad en la vida de su pueblo.

Josué 1:5 dice “Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé.” Cuando Josué enfrentaba el trabajo monumental de ir contra los cananeos, Dios le recordó que no estaría solo. Los trabajos que enfrentamos tal vez no sean tan grandes, como el de conquistar un país. Sin embargo, nuestros temores e inseguridades sobre nuestras tareas son igualmente importantes al Señor, y Él promete estar con nosotros a cada paso.

Isaías 41:10 dice: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.” Cuando Dios escogió a Israel para ser sus siervos y hacer su voluntad, Él no los dejaba a sus propios dispositivos. Prometió estar con ellos, darles fuerza, ayudarles, y sostenerlos. No es un dios de expectativas irrazonables.

Jeremías 1:9 dice, “Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca.” La respuesta de Jeremías era de recordarle a Dios que era joven. Dios entonces le recordó a Jeremías que él actuaría bajo la autoridad divina, de la protección que Dios proveerá y de la fuente

del mensaje que iba a entregar.

En un acto muy personal, el Señor extendió su mano y tocó la boca de Jeremías. Dios es un dios personal; Dios quien no nos da un trabajo para realizar porque vamos a hacerlo tan bien. Nos asigna una tarea y luego nos da las herramientas para hacerla; a nosotros nos toca humillarnos delante de Él y depender de su fuerza en vez de la nuestra.

Dios no se quedó atrás en Quebec cuando nosotros nos mudamos a Buffalo. Él viajó con nosotros, y ha caminado conmigo en cada paso de la transición. ¿Cuántas veces se nos olvida que Él conoce nuestros temores, dolor, frustración, inseguridad y deseos? No nos empuja a situaciones fuera de nuestra zona de confort sólo para vernos retorcernos y sufrir. Su propósito es siempre para nuestro bien y para la gloria de Él. Frecuentemente he visto la frase “Dios no nos asigna más de lo que podamos manejar.” Pero eso no es cierto. Dios no nos da más de lo que Él pueda manejar. Para prosperar en situaciones incómodas, debemos humillarnos ante Dios y someternos a su plan. Debemos entregarnos totalmente.

¿Dios te ha puesto alguna vez en una situación donde pensabas que no la podía manejar? ¿Cómo fue que Él te ayudo? ¿Cuál fue el resultado?



El Plan de Dios No Había Cambiado.

El Salmo 139 nos informa que Dios nos formó en el vientre de nuestra madre y los versículos 15-16 siguen diciendo, “No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, y no está sorprendido por las “curvas” tiradas hacia nosotros. Puede que nosotros, sí, estemos asustados y abrumados, pero Él ya sabía lo que venía y tenía un plan para nosotros.

Esto hace que el Salmo 139:17 sea especial para mí: “¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! El hecho es que Él sabe las cosas que me tumban al suelo de sorpresa y está allí para levantarme y dirigirme en la dirección correcta; sólo un aspecto más de su amor bondadoso para mí.

Mi deleite es de tener visitas en mi casa y prepararles comida. Tengo lo que Danny afectuosamente llama mi “ministerio de galletas.” En Quebec hacía galletas caseras de chips de chocolate para vecinos cuyo cumpleaños que conocía, vecinos que nos ayudaron de alguna manera, y los que recientemente llegaron después de pasar el invierno en La Florida. Aquí en Buffalo, he tenido la oportunidad de abrir mi casa a muchos. He podido darles alimento, amarlos y ser mentora para ellos. Me han dado el apodo “Mamá Dawn.” Dios sigue usando nuestro hogar y mi deseo de cocinar para ministrar a aquellos que nos rodean.

¿Cuál es el plan de Dios para ti? ¿Eres obediente en seguir el plan de Dios? Si no sabes cuál es Su plan, pasa tiempo ayunando y orando, buscando su dirección.



Las Expectativas de Dios No Han Cambiado.

PROCLAMAR

La Gran Comisión está clara para nosotros. Marcos 16:15 dice “Id a todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” El imperativo dado aquí es el de proclamar. No proclamar solamente en lugares terribles o a las personas especialmente viles, sino a toda la creación.

Es fácil pensar después de estar en otro país, que no hay tanta necesidad de nosotros en Los Estados Unidos donde hay tantas iglesias. Sin embargo, esto no es el caso. Hechos 1:8 nos instruye a que seamos testigos, “en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaría, y hasta lo último de la tierra.” Nuestro llamado es el de participar en llevar el evangelio a cada parte del mundo. Ningún lugar es más importante que otro lugar.

HACER DISCÍPULOS

Pero el mandato no se detiene con la proclamación. Mateo 28:19 nos dice que mientras vamos, tenemos que hacer discípulos. Esto no significa que sólo les hablamos de Jesús, guiarlos en una oración y luego dejarlos sólo para descifrar lo que tienen que hacer. Nuestro trabajo continúa.


Por definición un discípulo es un aprendiz, y para aprender, hay que ser enseñado. Podemos hacer esto directamente por instrucción, enseñanza y por nuestro ejemplo. Tito 2 nos recuerda “pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina.” (v. 1) Sigue diciendo que los ancianos y las ancianas tienen que ser ejemplos por su estilo de vida y “maestros del bien.”

Como mujeres, se nos dice en los versículos 4-5 a “que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de la casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada.”

Como ves, no importa donde Dios nos llama a servir, puede que la gente parezca, hable y actúe diferente, pero el trabajo es el mismo. Dios no ha cambiado. Nunca me ha dejado sola. Su plan no ha cambiado. Sus expectativas no han cambiado.

¿Cómo estás alcanzando las expectativas de Dios de proclamar el evangelio y de hacer discípulos? ¿Le pides a Dios que te dé oportunidades de compartir el evangelio cada día? ¿Estás mentoreando a alguien? ¿Hay alguien que te esté mentoreando a ti?

En este año de transición, Dios me ha dado amigas que me han animado y que me sostienen en oración mientras me he adoptado a un lugar nuevo y a una nueva estructura de liderazgo, un cuerpo pastoral que nos desafía hacia el crecimiento espiritual por los sermones y la enseñanza.

Hay mujeres jóvenes que mentorear y amar, un corazón que arde de amor para la gente de mi nuevo pueblo. Dios es fiel y merece mi fidelidad y tanto más. 

Sobre la autora: Dawn Elliot ha estado casada con Danny por 25 años, es madre de seis, suegra a dos, y abuelita a mellizos (Daisy y Theodore.) También es madre que enseña a sus hijos en casa y es parte del equipo que está sembrando una iglesia en Buffalo, New York.